

## LA FE Y EL MUNDO ACTUAL

Hablar de la fe no es un tema exclusivamente religioso, sino que es una estructura primordial de comunicación interpersonal, una dimensión constitutiva de la existencia humana. La ciencia progresa de la mano de la fe y las relaciones humanas son posibles gracias a la fe. **“Ninguna sociedad humana –subraya san Agustín– podría subsistir sin merma, si decidiéramos no creer nada que no pudiéramos considerar totalmente evidente”** (*La utilidad de la fe* XII, 26; cf. *Confesiones* VI, 5, 7). Las verdades creídas son muchas más que las contrastadas, vivimos de creencias, es posible la convivencia porque nos regalamos mutuamente la confianza. Hay dos cuestiones verdaderamente importantes en nuestra existencia: saber a quién amamos y saber en quién confiamos. El autor del libro del Eclesiástico advierte: **“El que pronto se confía no tiene juicio”** (Sir 19, 4). La fe adulta y crítica se distancia por igual de la credulidad y de la desconfianza. El crédulo corre el riesgo de vivir en la fantasía, el incrédulo puede reducir toda la realidad a lo que se puede verificar empíricamente o demostrar racionalmente. Los agnósticos y los ateos –aun reconociendo su honestidad intelectual– no pueden reivindicar para ellos el monopolio de conocer la realidad.

Fernando Sebastián, obispo emérito y teólogo, ha publicado un libro titulado *La fe que nos salva. Aproximación pastoral a una teología fundamental* donde –después de hacer una invitación a la interioridad– afirma: **“Si vives tranquilo, es que no vives”<sup>1</sup>. “Vivir tranquilo, satisfecho con las ocupaciones y las satisfacciones de este mundo, es conformarse con poco (...). Podemos vivir a gusto en un momento determinado y sentirnos del todo felices en una experiencia especialmente intensa y gozosa (...). Podemos disfrutar de un paisaje, de una amistad, de un gran amor. Pero por debajo de cualquier experiencia de bienestar late siempre el temor de que se acabe, además de la nostalgia de otras muchas cosas posibles, quizás mejores, que nunca podremos alcanzar (...). Estamos habitados por un deseo ilimitado de vivir, de ser, de felicidad. Un deseo de algo impalpable que no podemos quitarnos de encima y que nunca está satisfecho (...). Somos felices cuando queremos y nos quieren, cuando podemos convivir con personas que nos aman (...). Pero aun esta felicidad verdadera está amenazada y resulta demasiado frágil. La vida es corta y la amenaza de la muerte inevitable. Y, sin embargo, el deseo de ser felices permanece (...). En esta situación de inestabilidad, surgen sin remedio muchas preguntas de nuestro interior. ¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué vivo? ¿Para qué vivo? ¿Qué es bueno y qué es malo para mí? ¿Qué tengo que hacer? Si tengo que morir, ¿por qué comencé a vivir? Esta situación la expresó de manera lúcida san Agustín: “Yo mismo me había convertido en un gran problema” (Confesiones IV, 4, 9)”<sup>2</sup>.**

Quien no se ha visto rodeado por estas preguntas vive ajeno a su vida, en situación de exilio. El amortiguamiento de la sed religiosa de muchos contemporáneos va unido a una cierta deshumanización y vacío existencial, una voluntad de acallar –por innecesarios– todos los interrogantes, de negar los misterios de nuestra existencia y aferrarse a lo concreto y tangible. Esta actitud corta todo acceso a la trascendencia. A la pregunta agustiniana **“¿Cómo te busco, pues, Señor?”** (Confesiones X, 20, 29) se llega desde la intimidad que es el abismo donde se tocan las propias raíces, se esconde una ausencia y se tantea el deseo insaciable de verdad, de belleza y de amor.

A esta convicción solo se puede llegar de la mano de la fe. Una fe que –aunque gracia– exige un suelo espiritual que muchas personas no han excavado. Las cuestiones humanas más hondas se entremezclan con las fibras del propio corazón y para descubrirlas es necesario un

---

<sup>1</sup> Sígueme, Salamanca (2012) 18.

<sup>2</sup> Id. 18-20.

ejercicio de recogimiento. Si la interioridad es imperativa para la búsqueda y el encuentro, la dispersión, el ruido o la superficialidad son itinerarios cortados porque las preguntas nacen en el silencio.

Este circunloquio preliminar nos permite aventurar que la llamada crisis de fe – hoy tan repetida– va más allá del círculo de la religiosidad y está unida a otras carencias como es la vibración ante el mundo de la conciencia o de las realidades espirituales. El descrédito del amor o la ignorancia de uno mismo, por ejemplo, producen, simultáneamente, el distanciamiento de Dios. Las preguntas últimas surgen de la mano de los acontecimientos y experiencias que brotan de la vida en su dimensión más honda

El punto de partida –por lo menos metodológicamente– es el propio yo y las experiencias más humanas. El deseo de amar y de que alguien me ame y me sostenga puede ser un camino de acceso hacia Dios. **“¡Oh Dios, a quien ama todo el que ama, sea sabiéndolo o sea ignorándolo!”** (Soliloquios 1, 1, 2). San Agustín subraya que en la profundidad de nuestro ser es donde se descubre la huella de Dios, su reflejo en nuestra intimidad. Llevamos el misterio de Dios en las entrañas. Las antropologías modernas –hijas del materialismo– engrandecen, aparentemente, al ser humano y refuerzan el poder ilimitado de la libertad, pero sus grandes afirmaciones se desmoronan ante el hecho de la muerte. Su balance es la duda, el temor, la angustia. Si somos frutos del azar, si nadie se interesa radicalmente por mí y solo siento el abrazo del amor quebradizo de otros seres contingentes, tarde o temprano mi compañía será la soledad. Únicamente un Dios eterno e infinito me asegura que yo siempre seré amado y garantiza mi esperanza.

Benedicto XVI quiso anunciar y orientar el “Año de la fe” con el motu proprio **La puerta de la fe**. El símil de la puerta, sin embargo, no está libre de ambigüedad. Para algunos, la fe es una puerta cerrada que encarcela y limita libertades, una sobrecarga de preceptos morales que pesa sobre la conciencia, un signo de inmadurez y debilidad intelectual, un placebo ante el miedo y las contrariedades de la vida. Para otros, es puerta abierta que expresa un deseo de crecimiento y de plenitud, hace posible el acceso a la trascendencia e introduce a la comunión con Dios.

Existe una larga lista de tópicos y caricaturas falaces que empañan la fe. Se une a miedo, freno, fanatismo, arrogancia, violencia en nombre de lo religioso...También hay una visión más positiva de la fe como plenitud, asiento de nuestra existencia, eje y razón de ser de nuestra vida, motor de nuestra misión, fuerza y seguridad. Según sea nuestra fe, así será nuestra vida. Convivir con la fe puede ser un motivo de equilibrio y de gozo o una compañía incómoda que pone trabas a la felicidad.

Con frecuencia se ha identificado la fe con un puñado de creencias que sirven de amarres ocasionales para momentos de aprieto. La diferencia más significativa está en que la fe supone un encuentro personal que permite un desvelamiento progresivo de la persona a quien yo entrego mi confianza. Mientras las creencias se sitúan en el plano intelectual y utilitario, la fe es adhesión que abarca la totalidad del ser, pasa por la inteligencia y por el corazón, y transforma la vida entera. Es razón, es libertad y es amor. Es razón y por eso es necesario afinar el concepto de fe y los contenidos de la fe misma. No se puede vivir en situación de fe perezosa, fe simplemente recibida y archivada, unida a unas fórmulas memorísticas aprendidas en la infancia. El credo de algunas personas tiene más de ruido caótico que de canto polifónico. Es un credo desvertebrado y sin argumento.

Durante demasiado tiempo se ha dicho **“quien cree no piensa, y quien piensa no cree”**. La fe no pensada es irresponsable. **“La fe es un acto pleno y totalmente humano que exige ser realizado y asumido con honradez intelectual”**<sup>3</sup>. La fe es razonable. No todas las cosas que integran el perímetro de lo humano se pueden demostrar científicamente. **“La fe, si**

---

<sup>3</sup> W. KASPER, *La fe que excede todo conocimiento*, Sal Terrae, Santander (1988) 49.

**no es pensada, no existe**", advierte san Agustín (La predestinación de los santos 2, 5). Sin el paso por el tamiz de la razón, la fe puede degenerar en falsa credulidad, superstición o fanatismo. Fe y razón se enriquecen y engrandecen mutuamente. La razón es preparación para la fe y es también su guardiana. Una fe apegada a la escasa bibliografía que nutrió los primeros años ha podido desembocar en una situación de anemia espiritual. Hay una invitación y una respuesta. La respuesta es un sí en el que se entrelazan la búsqueda constante y la confianza absoluta e incondicional. Como apunta san Agustín, hay que limpiar el camino de la fe para que pueda producirse el encuentro. **"Dios no viene a los hombres sin que los hombres limpien el camino de la fe por donde viene"** (*Comentarios a los Salmos 17, 31*). La fe presupone inquietud, deseo de estirar el deseo de amar y de conocer, y necesita una labor permanente de labranza, de actualización y de purificación. De lo contrario, podemos estancarnos en una fe débil, perezosa, impregnada de temor, recelosa de aceptar el amor inconmensurable de Dios. Hay un tono vital, un ejercicio de interioridad que es previo a la fe. En el claustro de nosotros mismos surge el asombro, la fascinación, el deslumbramiento, percibimos la luminosa oscuridad del misterio, la hondura de una realidad que nos habita.

La fe también es libertad. San Pablo presenta el crecimiento espiritual como el paso de la ley a la libertad de los hijos de Dios (la obediencia de la fe). **"La ley fue nuestra niñera, hasta que llegase Cristo y Dios nos aprobara por la fe. En cambio, una vez llegada la fe, ya no estamos sometidos a la niñera, pues por la fe, unidos a Cristo Jesús, sois todos hijos de Dios; porque todos, al ser bautizados, para vincularos a Cristo, os vestisteis de Cristo"** (Gal 3,23-29; 4,1-7). La fe es una propuesta de libertad y solo se puede responder desde la adhesión libre. La obediencia de la fe es un acto de libertad (CEC 144; 160) **"Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece «el homenaje total de su entendimiento y voluntad», asintiendo libremente a lo que Dios revela"** (DV 5). Esta obediencia se comprende en un contexto de amor donde el que habla ama al que escucha y el que escucha ama al que habla. La apelación al mundo interior –recurrencia propia de los místicos–, tiene perfecta cabida en el mundo de la fe religiosa y mucho más en el caso de la fe cristiana. Creemos a las personas que amamos y que nos aman. No ofrecemos la confianza indiscriminadamente. La fe es respuesta libre al amor gratuito de Dios. San Juan escribe en su primera carta: **"Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él"** (1 Jn 4,16). En las relaciones personales, amor y confianza van de la mano. **"Sé de quién me he fiado"** (2 Tm 1,12), en quién tengo puesta mi fe, porque el amor recibido es anterior a mi respuesta amorosa y a mi rendimiento ante Dios. Aunque a veces teñida por el interés –**"No me buscáis porque hayáis percibido signos, sino porque habéis comido pan hasta saciaros"** (Jn 6, 26)– la fe exige un contexto de amor gratuito. Sin la presencia del amor, la fe se convierte en algo instrumental, es el grito de quien se encuentra en situación de naufragio. **"Que vuestra fe –advierte san Agustín– vaya acompañada del amor, pues no podéis tener amor sin fe"** (*Sermón 90, 8*). **"La fe no desfallece porque la sostiene la esperanza. Elimina la esperanza y desaparecerá la fe"** (*Sermón 359 A, 4*). Fe, esperanza y caridad constituyen los recursos teologales de la vida cristiana. Quizá aquí esté la mayor urgencia del cristianismo contemporáneo: equipar a los creyentes de recursos teologales que constituyan el eje de su vida. Para san Agustín **"el alma de tu alma es la fe"** (Tratados sobre el Evangelio de San Juan 49, 15) y la columna vertebral de la existencia, porque **"del mismo modo que en nuestro cuerpo los huesos son como el fundamento o soporte, así también es la fe en el corazón cristiano"** (*Comentarios a los Salmos 33, 2, 24*).

Como responsables de nuestra propia historia, estamos obligados a cuidar nuestra humanidad y la fe es factor de crecimiento y de consistencia personal. Las cuestiones más decisivas de la vida exigen atención sosegada, esfuerzo paciente, renuncia a frutos inmediatos. Mucho más cuando hablamos de vínculos duraderos. Una relación de confianza y de amistad no es solo fruto de un encuentro ocasional. Así puede nacer una cierta curiosidad por una

persona hasta entonces desconocida, un chispazo que, en ocasiones, puede encender una llama y hasta un incendio. El amor, por el contrario, requiere tiempo, comunicación, silencio, conocimiento... Todo ello como prólogo a esa pudorosa confesión de que necesitamos de la persona amada. Creer y amar es tanto como sentirnos dependientes. **“El inocente, por fiarse, vivirá”** (Hab 2, 4). En definitiva, la fe –como el amor– es pura y llanamente confianza.

Se han hecho muchos pronósticos acerca de la fe del futuro poniendo el acento más en la estadística que en la calidad de la fe. El 25 de octubre del pasado año, días después de haber abierto el **Año de la fe**, Benedicto XVI se preguntaba en la Audiencia general del miércoles: **“¿Qué es la fe? ¿Tiene sentido aún la fe en un mundo donde la ciencia y la tecnología han abierto horizontes, hasta hace poco tiempo impensables? ¿Qué significa creer hoy? En efecto, en nuestro tiempo es necesaria una renovada educación en la fe, que incluya por cierto un conocimiento de su verdad y de los acontecimientos de la salvación, pero que principalmente nazca de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo, de amarlo, de confiar en él, de tal modo que toda la vida esté involucrada con él”**

San Lucas coloca la pregunta **“Cuando venga el hijo del hombre, ¿encontrará esta fe sobre la tierra?”** (Lc 18, 1-8) al final de una parábola. En escena, una mujer viuda que, angustiada, no duda en importunar al juez con su súplica constante: **“Hazme justicia ante mi adversario”**. La fe perseverante de la mujer provoca una ráfaga de sensibilidad y responsabilidad en el juez deshonesto que vive de espaldas a Dios y a los hombres. Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta clase de fe sobre la tierra? Esta es la pregunta que también hoy –en una situación de crisis que afecta al nervio más íntimo del ser humano– podemos hacernos. En un mundo marcado por el tedio y la desesperanza ¿es posible creer? ¿Cuál es la *utilidad de la fe* –pidiendo prestada la expresión a san Agustín– si no aporta felicidad, ni solución a los problemas contemporáneos, ni paz al corazón?

La fe nunca será borrada de la tierra. Otra cosa es que vaya desapareciendo una categoría de creyentes. El teólogo canadiense P. Tillard, OP se preguntaba: ¿Seremos nosotros, quizá, los últimos cristianos? Y respondía: Instintivamente digo que no, que no seremos los últimos cristianos porque Dios, en su fidelidad a la humanidad, no dejará que se apague la luz que encendió su Hijo. Esto –añadía– lo digo desde la fe.

Se trata de una pregunta perenne. Nada más nacer el cristianismo ya san Pablo hacía un diagnóstico que se podría aplicar a nuestros días: **“Somos los impostores que dicen la verdad, los desconocidos conocidos de sobra, los moribundos que están bien vivos, los pobretones que enriquecen a muchos, los necesitados que todo lo poseen”** (2 Cor 6, 9-10).

Hoy, junto a algunos signos que pueden ser interpretados como indicadores de una vuelta a la espiritualidad, crece a nuestro alrededor un desierto espiritual y una sociedad cada día más insatisfecha. A pesar de los descubrimientos de la ciencia y de los resultados de la tecnología, el ser humano no parece sentirse más libre ni más seguro. Perviven muchas formas sutiles de explotación, de manipulación, de violencia, de opresión, de injusticia. Luego, un cierto tipo de cultura invita a moverse solo en la superficie de las cosas, en la piel de los acontecimientos, a no creer en nada ajeno a lo que vemos y tocamos. Es la vida a la deriva, disipada y extrovertida, que impide contemplar algo más allá de una realidad plana y gris.

También desde esta situación de hastío se puede atisbar el bullir de las preguntas fundamentales que –verbalizadas de modos diferentes– zarandean a muchas personas: ¿Qué sentido tiene vivir? ¿Es posible ser feliz o la amenaza de tropezar con el dolor y el fracaso me obliga a instalarme en la inseguridad permanente? ¿Qué nos espera más allá del umbral de la muerte? ¿Hay un futuro para el hombre o viaje hacia ninguna parte? En medio de este torbellino de preguntas, necesitamos una brújula que sirva de guía en la noche, un sentirnos arropados interiormente por alguien que siempre esté de nuestra parte y que, cuando más cerrada esté la noche, nos recuerde que siempre hay un amanecer, un futuro tras el descalabro del presente. Todo esto –y mucho más– es la fe. La fe cristiana, además, tiene

carácter personal, no es un convencimiento intelectual ni una intuición, ni el resultado de estirar nuestra razón hasta su límite, sino que es el encuentro con el Dios que nos ha revelado Jesucristo. En la primera encíclica de Benedicto XVI advertía: **“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”** (*Deus caritas est*, 1).

Jesús de Nazaret no inventó a Dios. Todo el Antiguo Testamento y todas las religiones hablan de Dios, pero el Dios que nos revela Jesucristo es diferente. El Dios del Evangelio es Padre/Madre, garantía de amor, de perdón, de ternura y de esperanza. La encarnación de Dios es la manifestación clara de su voluntad de cercanía. Encarnarse es vestir nuestra carne, formar parte de nuestra historia, injertarse en la vida humana con sus texturas y su cuota de paradoja. La cruz –que era el suplicio de los condenados por los tribunales romanos– es en Jesucristo señal de un amor llevado hasta el extremo: **“No hay amor más grande que dar la vida por los amigos”** (Jn 15, 13).

La fe es creer en este amor paternal y maternal de Dios, que no disminuye ante la ingratitud o el olvido de los hombres, ante el mal y la muerte, sino que es capaz de transformar todo y abrir la posibilidad de la salvación. Tener fe, entonces, es encontrar ese “Tú” que me sostiene y me concede la promesa de un amor indestructible y que hace sentirme arropado por la confianza del niño que sabe que todas sus dificultades y problemas están a salvo en los brazos de la madre o del padre. Creer significa este abandonarse en la confianza que disipa temores y es manantial de paz en medio de tantas decepciones y de tantas llamadas desatendidas. ¿Quién no ha sentido el frío de la soledad ante el escaso eco de nuestras súplicas apremiantes? ¿No es frecuente que una larga enfermedad selecciona a los amigos hasta el punto de convertirse en un grupo reducido?

No se habla, sin embargo, así de la fe y creer se entiende como amputar la libertad, un recorte en el territorio del pensamiento, una lista interminable de prohibiciones y preceptos que ahogan la conciencia. Por eso se intenta vivir distanciados de la fe –que es espacio personal y vinculante– y se prefiere el ámbito de las creencias donde todo es más etéreo e inconcreto. La fe como don es un misterio y la respuesta a Dios es más difícil de describir y de analizar en un contexto social donde se rechazan la fidelidad, la confianza, las opciones duraderas. Ya san Agustín – comentando la parábola del sembrador– presentaba este rechazo de la fe que podía amortiguar la dimensión testimonial de los creyentes: **“Nosotros hablamos, echamos la semilla, la extendemos. Hay quienes desprecian, critican, se burlan. Si les tememos, no tenemos nada que sembrar y el día de la cosecha se quedara sin que se recoja. Por tanto, venga la semilla de la tierra buena”** (*La disciplina cristiana*, 13,14: PL 40, 677-678). Es importante releer este texto agustiniano por dos razones importantes: el recordatorio de la dimensión misionera de la fe y la necesidad de repensar la fe para que sea elocuente. La bondad de la semilla puede chocar con la dureza de la tierra o verse anulada por condiciones climatológicas adversas.

Newman ya vivió de forma anticipada las dificultades del hombre moderno para creer y escribía a su hermano menor que el rechazo del cristianismo proviene del corazón. Aunque la razón nos empuje a creer, la decisión última la toma el corazón. Creemos porque amamos y queremos corresponder al amor recibido. La fe es una forma de gratitud y su mayor obstáculo es la autosuficiencia, la estima desmesurada de uno mismo. Ponemos nuestra vida en manos de quien sabemos está a favor nuestro y nos ama con una amor fiel e irrevocable. Nada ni nadie podrá privarnos de ese amor (cf. Rom 8, 31-39). Este convencimiento –que pertenece a la médula de la fe–, podríamos decir con palabras teresianas, **“no es el del corazón sino de otra parte aún más interior, como una cosa profunda. Pienso que debe ser el centro del alma”** (*Morada cuarta*, III, 4)

Creemos en Dios porque él se ha acercado a nosotros, se ha cruzado en nuestro camino. La fe es, pues, ante todo, un don de Dios. El Concilio Vaticano II recuerda: "**Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio del Espíritu Santo, el cual que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos de la mente y concede «a todos gusto en aceptar y creer la verdad»**". (*Dei Verbum*, 5).

Nuestra tarea no es pasar de mano en mano viejas respuestas y tampoco entregar una reliquia que hay que conservar y venerar. Sabemos que en la vida hay pocos absolutos y solo algunas certezas incuestionables, lo demás puede variar. Aunque todos llevamos dentro un explorador y un sedentario, casi siempre vence la tentación de transitar exclusivamente por los caminos ya abiertos, los que ya han recorrido otros. Por eso podemos perdernos el experimentar la vida como misterio en el que Dios sale al encuentro como a tantos hombres y mujeres que han vivido el gozo, la aventura y el riesgo de la confianza. Lo contrario a la confianza es la sospecha, el cálculo milimétrico, la seguridad a toda costa, el empeño agotador por imponer siempre a la vida nuestras preferencias. Son los pasos que llevan al insondable pozo de la desdicha. De fondo, distintas variantes de un individualismo que ahoga la fe e impide su potencia sanadora.

### **PENSANDO EN LA FE DEL MAÑANA**

Título ambicioso y altisonante, pero tenemos que atrevernos a hacer el diseño de una fe que pueda abrirse paso en medio de la cultura contemporánea sin despertar la aversión intelectual y sin perderse en cábalas mentales o fantasías teológicas. No es ejercicio de adivinación, sino de responsabilidad ante la convocatoria a una **nueva evangelización**.

Ante el futuro, hay que levantar la mirada por encima de los acontecimientos y las estadísticas del momento. A la libertad de Dios hay que sumar la posibilidad de que haya hombres y mujeres que –desde el reconocimiento de su indigencia– tomen la decisión saludable de bucear dentro de sí mismos y, desde este espacio de tránsito, llegar, por lo menos, al umbral de la fe. Ignoramos, por otra parte, el protagonismo imprevisible del Espíritu que ya en otros momentos de la historia ha actuado con libertad y eficacia (Jn 3, 8). Una reflexión a ras de tierra no sería propia de personas que comparten el firme convencimiento de que el futuro de la fe y de la Iglesia depende, en primer lugar, de la acción del Espíritu de Dios.

### **UNA FE TEOLOGAL Y MÍSTICA**

Hay que alinearse con el P. Rahner cuando dice que "**el cristiano del mañana será místico o no será cristiano**". Místico significa, en este caso, capaz de tener una experiencia personal de su fe. La secularización de la sociedad y de la cultura impide que exista un clima social que lleve la impronta de lo religioso. Por eso solo subsistirá un cristianismo personalizado. La persona ocupa el centro de interés a partir del Renacimiento y de la Modernidad. Si lo religioso no tiene presente la subjetividad individual y la dignidad personal, perderá credibilidad ante el hombre moderno.

Transmitir la fe –si es que se puede utilizar esta terminología– será invitar a un proceso semejante al de la pedagogía socrática: provocar en la persona ese viaje agustiniano a la interioridad para el encuentro con el Dios que es *más íntimo que su propia intimidad* (cf. *Confesiones* III, 6,11) para hallar la luz de la fe. "**Tu luz contemplamos la luz**" (*Salmo* 36, 10).

En la historia del cristianismo no se puede olvidar el lugar que ocupa el **misterio**. Misterio es el espacio de Dios, lo que conocemos de Dios porque él nos lo ha revelado y que siempre nos desborda. Perder el sentido del **misterio de Dios** es poner el pie en un terreno peligroso porque es fácil caer en la pretensión de manipular a Dios y aprisionarlo en nuestros esquemas y categorías. San Agustín escribe en la Carta 189: "**Dios está más allá, no solo de las**

**palabras, sino también de los pensamientos**". Ciertamente que nunca comprenderemos del todo el misterio de ese amor infinito. Pero, frente a ciertas desconfianzas psicológicas y ciertas rutinas teológicas, la teología tiene que aclarar y defender que, aunque el lenguaje humano se sienta desbordado –y por lo tanto incapaz para hablar de la divinidad–, no hay que pensar en un Dios lejano y ajeno a la trama humana. Dios –comentaba el cardenal Joseph Ratzinger– **“entró en la historia, se dirigió al encuentro del hombre, y de este modo puede el hombre encontrarse con él. El hombre puede unirse a Dios porque Dios se ha unido al hombre”**<sup>4</sup>.

Walter Kasper ha escrito: **“La tarea de la nueva evangelización consiste en volver a hablar de Dios, en hacer de nuevo a Dios, por así decir, materia de conversación”**<sup>5</sup>.

## UNA FE CRISTIANA

El desplazamiento de Jesucristo del centro de la fe hace que algunos creyentes se pierdan en la periferia. De todos los signos de Dios, hay uno que destaca luminosamente en el mundo, Jesús de Nazaret que pudo decir de sí mismo: **“Quien me ve a mí está viendo al Padre” (Jn 14, 9)**. Y ya desde san Agustín se afirma con insistencia que **“Cristo es sacramento de Dios” (Carta 187, 34)**. El mensaje del Evangelio anuncia que Dios ha hecho realidad en Jesucristo todas sus promesas.

La fe cristiana afirma la existencia de un Dios Padre/Madre que se manifiesta en Jesucristo, es una fe que construye fraternidad, descubre el Espíritu de Dios en el mundo, sabe leer el azaroso relato del acontecer humano como una historia providente, se sitúa por encima de todo catastrofismo, genera esperanza. Es hora de concentrarse en lo esencial, volver a Jesús y al Evangelio, iniciar una mistagogía que lleve a una experiencia espiritual de Dios. Es tiempo de espiritualidad y de mística, y también de profecía frente al mundo de los pobres y excluidos que son la mayor parte de la humanidad. Nada oculta y desfigura tanto a Dios como la injusticia. Un Dios ajeno al llanto de los desfavorecidos no tendría nada que ver con el Dios de Jesucristo.

No es tiempo de retoques parciales, hay que ir a lo esencial. Y no caer en la vieja tentación de tocar violines mientras el Titánico se hunde. La nueva evangelización tiene que marcar su acento en hablar de Jesucristo con sencillez y la Iglesia ha de ser la comunidad del Resucitado, Señor del mundo, fundamento de nuestra fe y nuestra esperanza. Si hay una convicción inexcusable en el equipaje del creyente es que **“solo el amor es digno de fe” (Balthasar)**. En los santos, la liturgia y la belleza resplandecen la luz y el amor de Dios. Luz y amor que resplandeció definitivamente en Jesucristo.

## UNA FE HUMILDE Y FRUGAL QUE SE VIVE COMO DON

La horma de la fe –el ser humano, la cultura y la sociedad– son cambiantes y convendría releer la lúcida observación de Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: **“En el mensaje que anuncia la Iglesia hay ciertamente muchos elementos secundarios, cuya presentación depende en gran parte de los cambios de circunstancias. Tales elementos cambian también. Pero hay un contenido esencial, una sustancia viva que no se puede modificar ni pasar por alto sin desnaturalizar gravemente la evangelización misma” (EN, 25)**. Etiquetar esos elementos secundarios como verdades indiscutibles, contribuye a ensanchar el credo hasta límites insospechados.

Fe teológica, fe cristiana, fe sobrenatural sostenida desde arriba, al igual que el padre que toma a su pequeño de los brazos y le hace girar como si tuviera alas. Alejada de toda actitud de arrogancia o de superioridad. Fe sobria y humilde que se distancia de una

---

<sup>4</sup> RATZINGER, J., - FLORES D'ARCAIS, *¿Dios existe?*, Espasa, Madrid (2008) 16.

<sup>5</sup> *El Evangelio de Jesucristo*, Sal Terrae, Santander (2013) 284.

concepción monolítica de la verdad. **“No son ídolos solamente las figuras grotescas de piedra o madera que se fabricaban los hombres primitivos; pueden ser ídolos también muchas construcciones teológicas y religiosas manipuladas por personas muy cultivadas y piadosas”<sup>6</sup>.**

Al pensar acerca de Dios, existe el riesgo de oscilar entre concepciones demasiado simples y rompecabezas incomprensibles. Por eso, quizá, para divisar a Dios desde el siglo XXI necesitemos una teología más frugal, una confesión más sobria de la fe que no excluya, para nada, el depósito de la revelación pero, al mismo tiempo, se sienta solidaria con los que preguntan y buscan. Ya la Constitución pastoral *Gaudium et spes* advierte que **“una cosa es el depósito mismo de la fe, o sea sus verdades, y otra cosa es el modo de formularlas, conservando el mismo sentido y el mismo significado”** (GS, 62).

- **UNA FE ADULTA, PENSADA Y CRÍTICA QUE NO SE DEJE COLONIZAR POR LA INCREENCIA AMBIENTAL**

Una fe personalizada es una fe que abarca toda la persona y pasa por la inteligencia y por el corazón. El credo de algunos creyentes tiene más de ruido caótico que de canto polifónico. Es un credo desvertebrado, sin argumento. Hay que afinar el concepto de fe y lo mismo sus contenidos. No se puede vivir en situación de fe perezosa, fe simplemente recibida y archivada, unida a unas fórmulas memorísticas aprendidas en la infancia.

Crear es la forma más gratuita y más incondicional de amar. Tenemos que amar y amarnos desde la fe, desde los ojos de Dios, desde la ternura de Dios. Si amamos del mismo modo a los demás, nuestro amor será más benévolo y paciente. Crecer es madurar en el amor. **“Así ya no seremos niños zarandeados y a la deriva (...), sino auténticos en el amor”** (Ef 4, 13-15). La fe es una forma de enamoramiento, las personas que queremos siempre nos dicen cosas importantes y siempre nos sorprenden.

Cuando la fe es razón y es emoción –pensamiento y sentimiento– es una fe firme, sólida en una *sociedad líquida* utilizando la expresión de Z. Bauman para expresar la falta de firmeza en lo esencial. Todo se nos escapa entre los dedos, todo es provisional, efímero y funcional, nada se puede restañar. La inconsistencia se plasma, también, en hábitos como el consumo generalizado. Consumimos cosas y también experiencias y sensaciones. En medio de esta sociedad líquida, lo religioso, lo simbólico, la poesía, lo no científico se considera innecesario y, para algunos, hasta inútil.

Fe que convive con la vecindad de la increencia ambiental, de la duda, de la soledad, el asombro, la perplejidad y el silencio confiado. Un signo de madurez espiritual es aceptar y respetar la complejidad de la vida. La vida tiene mil recodos y esconde manantiales subterráneos que se escapan a una mirada superficial. Muchas cosas se escapan a toda lógica y hay que admitir una buena dosis de contradicción y de misterio. Las personas, sin embargo, preferimos la sencillez y prueba de ello es el éxito de la extensa bibliografía que nos habla de cómo simplificar la vida. **“Una espiritualidad profunda exige que reconozcamos y respetemos la complejidad de la vida. Oscar Wilde se refería a esto cuando dijo con sarcasmo: ‘Sólo los superficiales pueden conocerse a sí mismos’... En nuestros esfuerzos para alcanzar esa sencillez que anhelamos, no creamos esa superficialidad que afirma llena de arrogancia que podemos conocernos plenamente a nosotros mismo. O conocer a otra persona. O conocer los deseos de Dios”<sup>7</sup>.**

Plantear en paralelo la convivencia y la resistencia ante la increencia ambiental no significa, en modo alguno, mirar hacia la fe de las próximas generaciones, sino hacia nuestra

---

<sup>6</sup> VIVES, J., *¿Hablar de Dios en el umbral del siglo XXI?*, Cuadernos CJ, Cristianisme i Justícia, Barcelona (1997) nº 75, 8.

<sup>7</sup> JOSEPH SHARP, *Madurez espiritual*, Los libros del comienzo, Madrid (2002) 108.



propia fe. Es el desafío constante a que se ve sometida la fe para ser más transparente, más contagiosa y vibrante.

- **UNA FE CULTIVADA Y DE CONTENIDOS DOCTRINALES CLAROS**

En el afán humano por auparse hasta Dios se ha llegado a identificarlo con la causa primera, el motor inmóvil y otros títulos que nada tienen que ver con la revelación cristiana. Todo lo que sea hablar de un Dios despersonalizado es alejarse del Dios cristiano que es razón y es amor.

La sensibilidad que atraviesa nuestro momento espiritual parece aproximarse a un Dios alma del mundo, un principio divino profundidad indecible que propicia lo esotérico. El desplazamiento hacia lo impersonal borra toda huella de un Dios que sólo sabe, quiere y puede amar. Esta es una evidencia fundamental del cristianismo. **“Cierto que nunca comprenderemos del todo el misterio de ese amor infinito. Pero contra ciertas desconfianzas psicológicas, ciertas rutinas teológicas y ciertas lecturas fundamentalistas, la teología tiene que aclarar y defender que su infinitud se extiende siempre y solo hacia la luz, nunca hacia la oscuridad y la tiniebla”<sup>8</sup>.**

La educación en la fe exige rigor y seriedad. Eugenio Trías –fallecido en febrero de este 2013– habla de **“pensar la religión”<sup>9</sup>** y Juan Martín Velasco de una **“fe experienciada”**. Pueden darse por separado o fundirse en un mismo abrazo. Algunas personas han ocupado sus días en pensar a Dios sin haber llegado a la experiencia de Dios. Otras, sin demasiados razonamientos pero desde profundas convicciones, se han movido toda su vida en la órbita de Dios. Es la fe que da consistencia a los sencillos vivida al abrigo de cualquier tentación porque arranca de un sí incondicional, más allá de los cuestionamientos y las hipótesis. Tema aparte es la llamada **religiosidad popular**, no exenta de ambigüedad y, con frecuencia, necesitada de purificación y de prudente discernimiento.

- **UNA FE COMPARTIDA Y CELEBRADA**

Aprendemos a ser personas en el encuentro con otras personas y aprendemos a creer por el contacto con hombres y mujeres creyentes. La fe de los demás fortalece la nuestra. El autor de la Carta a los Hebreos, escribe: **“Atendámonos mutuamente para incitarnos al amor y a las buenas obras”** (Heb 10, 24). Es la necesidad de vivir la fe arropados por una comunidad de creyentes llámese parroquia, movimiento, fraternidad secular...Cada día serán más necesarios “hogares de fe”, cálidos, abiertos, fraternos, donde se comparta la vida, se desgrane el credo, se fortalezca el compromiso con la justicia y se alabe a Dios con alegría y de todo corazón (cf. Hch 2, 47)

La fe se comparte en el estudio y se celebra en la liturgia. Parece necesario **“disponer de pequeñas comunidades cristianas en las que exista fe compartida y calor humano. En ellas nos reuniremos para compartir la fe con otros hermanos y celebrar la liturgia, dispersándonos enseguida para dar testimonio ante nuestros contemporáneos de lo que creemos”<sup>10</sup>**. Se trata de ensayar fórmulas para vivir la fe cristiana con su marcado acento comunitario.

Celebrar la fe no es un precepto, es una necesidad. Los sacramentos son oportunidades de encuentro personal y directo con Jesucristo. El término **sacramento** evoca inmediatamente un listado de ritos que la Iglesia celebra. Hoy el amplio significado de la palabra sacramento lo hemos acotado para siete acciones concretas. No era así en la tradición

---

<sup>8</sup> TORRES QUEIRUGA, A., “La imagen de Dios tras la ruptura de la modernidad”, en *¿Hay lugar para Dios?*, PPC, Madrid (2005) 51.

<sup>9</sup> TRÍAS, E., *Pensar la religión*, Destino, Barcelona 1996.

<sup>10</sup> GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA, L., o. c., 109-110.

primera de la Iglesia y con el término **sacramento** se designaban otras realidades: Cristo, la Iglesia, la Escritura, la Pascua, los tiempos litúrgicos...El Vaticano II vuelve la vista hacia los orígenes y se habla –otra vez–, de Cristo, la Iglesia y, de un modo más amplio, el hombre y el mundo como realidades sacramentales.

Se ha dicho que la religiosidad postconciliar ha sido, en su depuración devocional, ornamental y hasta arquitectónica, demasiado racionalista y fría. Le falta calor y vida. Hay que agradecer que el Concilio subraye una religiosidad cristológica, pero, quizá, haya que recuperar la dimensión corporal y festiva en nuestras celebraciones litúrgicas demasiado sobrias y con recelos hacia todo lo que suponga desmarcarse de lo litúrgicamente correcto.

- **UNA FE UNIDA A UN SENTIDO FUERTE DE PERTENENCIA A LA IGLESIA**

Hay que salir al paso de un cristianismo desestructurado, una fe sin Iglesia, sin jerarquía, sin símbolos...La actitud de desafección está muy generalizada. Se rechaza todo lo que es estructura y por eso el Vaticano está permanentemente en el punto de mira. Un catolicismo –instalado en la crítica y la sospecha permanentes– tiene sus partidarios que salen a la palestra constantemente en los medios de comunicación. Este combatir desde dentro a la Iglesia lleva a presentar unos contenidos de la fe de contornos difuminados y no identificables.

Hablando del disenso en la Iglesia escribía el teólogo Juan Luis Ruiz de la Peña: **“Seguramente el aspecto más preocupante del mismo estriba en que, normalmente, está encabezado por clérigos o teólogos, es decir, por personas que parecen ante los creyentes de a pie como revestidas de una cierta relevancia institucional. La Iglesia deviene así la única empresa en la historia que se permite el lujo de contar entre sus cuadros dirigentes a un personal cualificado cuya única función parece ser la de desacreditarla. Esta situación sería cómica si no fuese calamitosa. Ninguna organización civil, sea del carácter que sea (mercantil, laboral, académica, política, incluso recreativa), admitiría este estado de cosas, porque ello equivaldría a una especie de suicidio premeditado”**<sup>11</sup>.

El bautismo nos introduce en la Iglesia y, a partir de ese momento, estamos injertados en la comunidad de los seguidores de Jesús. Nuestra historia se vierte en una historia común que es la historia de la Iglesia. San Agustín trató de buscar solución al problema de la presencia del pecado y de los pecadores en la Iglesia e introdujo su expresión ***Ecclesia permixta***, Iglesia que es campo a la vez de trigo y de cizaña. La Iglesia de la historia ofrece páginas ejemplares y otras donde afloran las bajezas y los intereses humanos menos nobles. Aunque haya recibido el ministerio del perdón, al mismo tiempo, también La Iglesia peregrina necesita ser perdonada porque nunca se ha visto libre de escándalos y tiene que mostrar el coraje de asumir la responsabilidad de sus pecados personales y estructurales.

- **UNA FE ALEJADA DE TODA EVASIÓN Y COMPROMETIDA CON LA FRATERNIDAD, LA PAZ, EL TRABAJO, LA JUSTICIA, LA SOLIDARIDAD**

La fe, lejos de ser evasiva, nos invita a situarnos en el centro de nuestra vida. Cuando vamos escalando años y nuestra biografía personal pasa de ser una novela a ser una historia, llega la hora de decirnos la verdad a nosotros mismos y hacerlo amablemente. La fe es realismo, autenticidad, no admite excusas, y nos empuja a salir de nuestras instalaciones, pasividades y escepticismos. La desconfianza –que es falta de fe– paraliza, la fe es activa. Si la fe es ajena a la transformación de la realidad, es que no tiene por escenario esa tierra que –en expresión del poeta francés Jacques Prévert **"gira y da vueltas con sus grandes ríos de sangre"**.

---

<sup>11</sup> J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Crisis y apología de la fe. Evangelio y nuevo milenio*, Sal Terrae, Santander (1995), 318

El problema del mal erosiona la fe y, particularmente, la idea de un Dios que cuida paternalmente de sus hijos. La confianza se ve sacudida por el oleaje de acontecimientos que se juzgan como injustos, absurdos e inexplicables.

Decía Bergson que los santos **“no tienen necesidad de exhortar; les basta con existir; su existencia es una exhortación”**<sup>12</sup>. Una exhortación y una provocación a alinearse –junto a tantos otros hombres y mujeres de buena voluntad– con eso que llamamos las preocupaciones y los problemas mundanos. **“Un Dios sin mundo, ¿no conduce necesariamente a un mundo sin Dios?”**, se pregunta W. Kasper<sup>13</sup>

Hay cristianos que viven su fe en la clandestinidad, sin mancharse en la lucha con la atroz y monstruosa presencia del mal. Es una fe muda que se oculta como si fuera una debilidad.

El silencio de los cristianos frente al lastre de la injusticia contribuye a que la fe y la religiosidad se consideren reliquias del pasado. Algo así como las muestras –por cierto espléndidas– de **Las Edades del Hombre**. Todo lo contrario a la fe que se traduce en pasión por Dios, por el mundo y por el hombre.

- **UNA FE QUE NO ES PRIVILEGIO, DISPENSA NI VENTAJA**

Que la fe lleve a la experiencia de un Dios cercano y siempre presente, no significa vivir inmunizados frente al dolor, la noche oscura, el desamparo, la sequedad del espíritu, los silencios de acero, la duda y la contrariedad. La fe no anula ningún elemento de sorpresa que puede ofrecernos la vida y tampoco es una coraza que nos haga impenetrables. **“Quien no ha sido probado, sabe bien poco”** (Eclo 34,10). Si alguien preguntara para qué sirve la fe, una buena respuesta sería que la fe ilumina las muertes cotidianas y, sobre todo, la muerte última.

La fe es saludable y proporciona seguridad y sosiego a la vida humana. Tener fe es sentirse habitado interiormente, acompañado cuando nos da el viento de cara. No se puede creer y no experimentar la compañía de Dios.

El P. Rahner –en su famosa conferencia pronunciada el 12 de diciembre de 1965 en Múnich con el título *El Concilio, nuevo comienzo*– llegó a afirmar que el concilio Vaticano I había sido más audaz que el Vaticano II al haberse atrevido a tratar la cuestión del misterio inefable de Dios. Y a este propósito escribió: **“El futuro no preguntará a la Iglesia por la estructura más exacta y bella de la liturgia, ni tampoco por las doctrinas teológicas controvertidas que distinguen la doctrina católica de los cristianos no católicos, ni por un régimen más o menos ideal de la curia romana. Preguntará si la Iglesia puede atestiguar la proximidad orientadora del misterio inefable que llamamos Dios”**<sup>14</sup>.

Sería un triste balance haber pensado mucho la fe y haberla vivido y disfrutado poco.

---

<sup>12</sup> H. BERGSON, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, Porrúa, México (1990) 16.

<sup>13</sup> O. c. 215

<sup>14</sup> *El Concilio, nuevo comienzo*, Barcelona (2012)22.